

Para los vinicultores

Nos permitimos dirigirles dos palabras para exponerles la conveniencia de una perfecta elaboración de nuestros vinos, á fin de evitar que éstos resulten dulces ó abocados, abricados ó con principio de acetificación (picadura), propiedades que con demasiada frecuencia ofrecen las muestras presentadas en muchos almacenes con perjuicio de sus poseedores y con quebranto del buen nombre de nuestros mostos en los mercados extranjeros.

Vinos dulces.—Resultan de una fermentación interrumpida por exceso de calor, y ocurre siempre que en el interior de un cubo en tal estado la temperatura traspasa los 35 centígrados.

En este momento los fermentos en acción se duermen ó paralizan, y el vino queda dulce y sujeto á fermentaciones secundarias posteriores é inútil para el comercio y para su exportación, por el peligro constante que ofrece, y los cuidados que exige su estado fermentescible.

Ha de ser objeto, pues, de preferente atención para nuestros vinicultores; la temperatura interior de la cuba, la que puede tomarse con un termómetro centígrado atado al extremo de una percha ó caña.

De todos modos, cuando las vendimias se hacen antes de los primeros fríos señalados por las primeras rosadas, la temperatura, en los cubos, sobre todo en los de gran capacidad, sube por encima de 35° y el vino queda dulce, y para este caso conviene recomendar la fermentación en cubos pequeños y la conveniencia de dividir con tabiques en dos ó en cuatro esos lagares capaces para 200 ó más netros.

Los vinicultores de Francia y Argelia practican con excelente éxito, para evitar la obtención de vinos dulces, el enfriamiento ó aereación del mosto, que hacen por medio de serpentines metálicos, instalados anticipadamente en el interior de las cubas, y dispuestos para la circulación de agua corriente.

También se obtiene buen resultado, trasagando el mosto con la bomba de bodega, uno de cuyos brazos ó tubos metálicos se sumerge en una tina ó recipiente de agua fresca ó corriente, si es posible.

Però la manera ó procedimiento más sencillo, y hasta más económico para la obtención de lo que nos proponemos, es abriendo el grifo ó tapón del cubo y recibiéndolo en una tina, removiéndolo y vertiéndolo nuevamente en el mismo cubo por encima del sombrero.

En este caso, es el aire el refrigerante, y hasta esta sencilla operación para que la temperatura del mosto baje á 30°, límite del que no conviene que pase.

El vinicultor que no tenga termómetro puede y debe practicar este trasiego de aereación ó enfriamiento del segundo al tercero día de fermentación, advirtiéndolo que el repetir la operación dos ó tres veces, no daña en manera alguna, y asegura en cambio un excelente resultado.

Evitase el gusto abricado de los vinos, encubándolos ó separándolos de las brisas en cuanto la fermentación tumultuosa ha terminado. Esto sucede generalmente entre el séptimo y décimo día, y una de las señales visibles es el aplastamiento del sombrero de brisas.

Llegado este momento el vino debe trasegarse y las brisas deben prensarse acto continuo.

Otra de las prácticas muy recomendable para evitar el abricado ó germen de acetificación es la de procurar que el sombrero de brisas permanezca constantemente sumergido.

En Borgoña y Medve entran hombres desnudos que hunden con los pies el sombrero. Puede hacerse también con palos ó rastrojos y el medio más perfecto son dobles fondos ó enrejados, que mantienen la brisa sumergida.

Lo anteriormente expuesto y recomendado, está plenamente garantizado por la práctica y la experiencia de países como Francia, del que tanto tenemos que aprender.

Pueden, pues, todos los vinicultores lanzarse sin temor por esta vía del progreso, sin miedo á decepciones, antes por el contrario, seguros de que con estas prácticas que se separan del rutinarismo aquí imperante, han de conseguir grandes facilidades para el comercio de sus vinos y pingües beneficios que, en brevísimo tiempo, han de compensar los insignificantes desembolsos que hagan en la adquisición de los poco costosos aparatos anteriormente citados.

Si los pueblos, como las colectividades y como los individuos, tienen la aspiración constante de su perfeccionamiento, signo característico de la cultura y de la ilustración, nuestros labradores, guiados por la noble emulación, tienen el deber de presentar vinos elaborados con gusto y conocimiento, contribuyendo de este modo á fomentar la riqueza regional, y á conseguir que los vinos de España ocupen el primer puesto en los mercados del mundo, ya que por sus condiciones y propiedades están en disposición de no permitir competencias ni en su grado, ni en color, ni en fuerza alcohólica.

MARIANO PELAYO.

De los Estados Unidos

La revista americana *The Nation*, que se publica en Nueva York hace treinta y cuatro años, consagra un artículo al tratado de paz hispano-americano y á la forma en que hubieron de negociarlo los yankees. De él extractamos los siguientes párrafos, notables por la franqueza con que califican la gestión de los comisarios americanos.

Tan gráficamente como lo hace *The Nation*, no se había descrito entre nosotros el acto del despojo. Merece, pues, el artículo ser leído por el público español.

«La relación publicada en *La Tribune* por el senador Fyre, dice, acerca de la

«negociación» llevada á cabo en París por los comisarios americanos de la paz, de muestra hasta la evidencia que su autor desconoce por completo el efecto que han de producir sus conceptos en las gentes cultas. «Negociaciones» como éstas han sido de tiempo inmemorial empleadas por los salteadores de caminos y los ladrones de toda especie.

Suele acontecer de vez en cuando que el ratero penetra en la alcoba del dormido vecino, y lo despierta para pedirle dinero. El vecino replica que no tiene dinero, y comienza la «negociación». El ciudadano, en vista de la urgencia del caso, se ve obligado á confesar que lo tiene, pero que es tan poco que no vale la pena de tomarlo, y como el ladrón ignora donde lo oculta, se niega á contestar. Sin embargo, el ratero se muestra enérgico, participa á su víctima que no ha venido á su casa por mera satisfacción, sino animado del deseo de acrecentar su fortuna y que, por consiguiente, se impone que piense en la respuesta que ha de dar.

El vecino reflexiona y enumera con buena lógica cuantas razones se le ocurren en apoyo de su actitud. Mas el ladrón no queda convencido, y le pregunta si sabe que el resultado de sus reiteradas negativas habrá de ser la presentación de un ultimatum.

El vecino pregunta si es posible que modifique su demanda. El ladrón replica que esa pretensión es de todo punto inadmisibles, y le advierte que su paciencia tiene término, y que, caso en dilatarse más la discusión, el revólver que empuña, y que es el ultimatum empleado por los de su oficio, tendrá por fuerza que dispararlo contra su persona.

En vista de esto el ciudadano revela el lugar en que se encuentra el dinero, y se firma entonces un tratado de paz.

En los robos que ocurren en las carreteras y en los coches de ferrocarril, las negociaciones son análogas, y terminan siempre con un ultimatum de todo punto irresistible.

Por esta razón, sin duda, y por la semejanza que habría entre las prácticas de los bandoleros y la presentación de un ultimatum á un enemigo incapaz de defensa, han renunciado las naciones cultas á emplear personalmente documentos de esta índole, y deseando evitar el espectáculo que ofrecería un enemigo vencido, presentarse en forma de notas.

Supónese que las negociaciones modernas tienen el carácter de mutuo y que en ellas se hacen ambos contratantes concesiones recíprocas. Si no hay en ellas tales concesiones y si es fuerza que terminen con ultimatus, como los de la comisión americana, entonces no se llaman negociaciones, se llaman *latrocinios*.

Historias y cuentos

LOS NOVIOS

Josefite, la hermosa rubia, vivía con su madre en una casa antigua en la plaza de la aldea; á las horas de comer vendían

aceite, velas y legumbres, y el resto del día confeccionaban vestidos.

Como todas sus compañeras, Josefite tenía un novio hijo de un arrendatario, llamado Augusto, que tenía dos años más que ella y era moreno como un gitano, fuerte como un roble y muy trabajador, amándose mucho, cosa que los parientes respectivos no veían con malos ojos.

En invierno venía Augusto á pasar la velada en casa de Josefite; allí se estaban juntos en un rincón del hogar jugando á las cartas con su madre. En verano Josefite, acompañada de aquella, iban á la casa de campo, situada á medio kilómetro de la aldea, y siempre Augusto la esperaba en el camino. Desde que las vela echaba á correr hacia ella, y cogiendo á Josefite del brazo y saltando como dos gorriones los prometidos, se dirigían hacia la hospitalaria casa situada en el valle, rodeada de árboles.

Allí, bajo la parra y en tanto que en torno de la mugrienta mesa de madera los viejos hablaban de sus asuntos, ellos, creyéndose solos en el mundo, sueñan con la dicha de su próximo matrimonio, sin hablar nada en tanto que á través de la parra pasa la luz de la luna trazando caprichosos dibujos en el suelo.

Los domingos comían juntos. En este día se iban al extremo del prado, cerca de las legumbres y la alfalfa, á un espacio de tierra que habían elegido y en el que plantaron flores.

Después daban de comer á las aves, y estos placeres les servían de entretenimiento; haciéndoles gozar de antemano con las delicias del hogar.

Però las quintas echaron por tierra todos sus proyectos.

Augusto tuvo que irse.

Fue enviado muy lejos; primero á Marsella y luego á Bayona; pero como Augusto Josefite sabía escribir, cada quince días enviaba una carta escrita en los ratos de ocio sobre una esquina de la cama, mientras los compañeros dormían ó fumaban, charlando alto ó bromeando.

Josefite leía y releía esas páginas manchadas de tinta y las llevaba consigo siempre encima del corazón.

«Qué hermoso debía estar Augusto con su uniforme! Mucho más que el general, que según decía en sus cartas era muy gordo y viejo.

El primer año recibió un retrato de su prometido. Un retrato soberbio. Augusto tenía hasta bigotes.

Josefite, cada vez más impaciente por verle, escribiera hasta cinco veces seguidas.

Però estalló la guerra de Tonkin y Augusto tuvo que irse.

Mucho trabajo costó convencerla de que este país estaba cerca y se iba á él en grandes buques que llevaban mucha más gente que la que había en la aldea; creyó perdida para siempre su felicidad, compró un vestido negro y vistióse de luto, y cuando al cabo de algún tiempo el carterero le trajo la carta de Augusto, le causó la misma sorpresa que si viniera de la luna. Entonces

concebido de nueva esperanza. En aquella le hablaban de los países de Oriente, de su vegetación, de las extrañas costumbres y de aquellas ciudades raras bañadas por la luz de un sol ardiente. Si se batían con ardor, también se divertían y no olvidaba la idea: su casita y la pequeña tienda de Josefite.

Después de varias expediciones por aquel país inulto y algunos combates de los que la relación interesaba mucho á los campesinos, los soldados cantaban y reían paseando á través de los pueblos vencidos el genio de Francia. Josefite, orgullosa de su prometido, enseñaba á sus amigas las cartas que de él recibía.

Però Augusto fue herido! Las cartas cesaron y Josefite no cesaba de llorar. Muy pronto corrió la noticia de que se había firmado la paz y enviaban á Francia los heridos.

Era cierto.

Al cabo de dos semanas, una hermosa mañana de Abril desembarcó en Tolón, y allí estuvo largo tiempo en el Hospital militar. Josefite se desesperaba de no poder unirse á él y traerle á su país. Per último, le dieron permiso por tres meses.

«Qué alegría en la aldea! Josefite fue á esperarle y llevó la carreta de la casa adornada con ramaje y flores, y de la que tiraba la mula gris cubierta de cintas.

Augusto también guardaba una sorpresa; llegó condecorado en premio de una heroica acción por él realizada.

Al verse los enamorados se besaron ante los amigos, llenos de emoción. Josefite feliz como una reina. Augusto fue el héroe de la aldea.

Un año más tarde se casaron, poniendo en su cuarto al lado de la corona de azahar de Josefite las medallas del soldado ganadas en defensa de la patria.

G. REUMER.

Francia ó Inglaterra

El *Morning Post* desmiente la noticia de haber presentado Salisbury un memorandum al embajador de Francia en Londres sobre las diferencias surgidas entre ambas potencias.

En el banquete anual que celebra la Cámara de Comercio de Birmingham, el duque de Devonshire, después de manifestar su satisfacción por las buenas relaciones que existen entre Inglaterra y los Estados Unidos, dijo que se felicita de que se hubiese arreglado el asunto de Fashoda y que este arreglo traerá otros convenientes para la Gran Bretaña.

Mr. Devonshire niega la existencia del *jingotismo* en aquel país eminentemente práctico, y dice que si se ha hablado de guerra y si se ha hecho algún preparativo militar fué en previsión de que Inglaterra llegase á ser provocada, y que en ningún documento oficial se ha estampado palabra alguna que indicase propósitos belicosos.

Chamberlain ha declarado terminantemente que Inglaterra está dispuesta á mantener buenas relaciones con todas las naciones extranjeras.

hurras. Estreché la mano de Valentín, al que la alegría de verme hizo olvidar, sin duda, nuestra última discusión.

—¡Ah! ¿Qué diablos traerá aquí al valiente capitán Felipe?—dijo Vigor.—Confío en que nos traeréis noticias de lord Rothwell y que nos diréis si se marchó ó no á la Patagonia ó al Africa ó si os encargó que nos manifestáseis que éramos los amos de su casa.

—¿Qué! ¿No os mandó directamente noticias suyas?—pregunté.

—No; se marchó sin decir esta boca es mía y apenas si se tomó algún tiempo para estrecharnos la mano; pero su mirada, cuando se separó de nosotros, tenía una expresión singular cuando se fijó en Valentín.

—Palabra de honor—dijo á su vez Stanton—que no comprendo por qué Valentín puede inspirarle tantas simpatías.

—¡Oh! ¡Gracias! Muchas gracias!—respondió el aludido echándose á reír.

—Pues la verdad es que me envié para que me llevase á Valentín.

—¡No lo permitiremos! Sentaos y participaréis de nuestro festín.

Se habló mucho y se rió mucho también, estando todos persuadidos de que yo iba para participar de los placeres de la caza. Al terminar el almuerzo me preguntaron que dónde tenía la escopeta y respondí que había ido, no á cazar, si no á ver á Valentín.

—Pues bien, ya véis que no le ocurre ninguna novedad y que está tan hermoso y seductor como siempre. Las mujeres del país están todas enamoradas de él y pasan el tiempo procurando conquistarle, y tanto es así, que el otro día á poco más pego un tiro á una muchacha que se había emboscado tras unas matas solo por ver pasar á este Adonis. Tomé las plumas del sombrero de la hermosa por las de un faisán.

—¡Bromista! Siempre igual!—exclamó Valentín.

Supliqué á este que me acompañase hacia la casa y le conté sucintamente cuanto había hecho desde que nos vi-

—No; antes lo fui. Ahora mi padre sir Laurencio Estmere, recobró su verdadero nombre y yo el mío.

Al oír estas palabras abrazóme Valentín exclamando: —Esto es demasiado! ¿Por qué habérmelo estado ocultando durante tanto tiempo?

—Porque yo también lo ignoraba.

Le conté todo lo que ignoraba.

—¿Cómo! ¿Y fuisteis vos el que mató en duelo á Chesham?

—No.

—De todos modos, más vale que sea así. Tenéis, amigo mío, hermano mío, razón al decir que nos esperaban días muy venturosos, ¿cuándo nos vamos?

Al poco rato tomábamos asiento en un dogcart y en el camino nos cruzamos con Vigor y Stanton.

—¡Alto y á tierra!—gritaron.—¡No consentimos que os lleveis á Valentín!

—¿Es un secreto?—me preguntó éste al oírlo.

—No.

—¡Eh! ¡Amigos! Permitidme que os presente á Laurencio Estmere, mi hermano,—dijo Valentín.

—Deben estar algo alegrijos, y es una imprudencia permitir que se vayan solos—dijo Stanton á Vigor.

—Os juro por mi honor que Felipe es mi hermano. Vamos ahora á Douvreshouse en donde nos reuniremos con nuestros padres con los que está lord Rothwell. Este regresará tal vez pronto á Mirfield y os enterará de lo que hay acerca de tan misterioso asunto.

—Esperad un momento á que ponga en el coche una cesta con caza, porque una casa que se cerró hace veinte años, debe estar desprovista de todo—dijo Stanton.

Seguimos nuestro camino haciendo que el caballo tomase un trote largo. En la escalinata de Douvreshouse nos estaba aguardando mi madre, que fijando en mí su mirada exclamó:

—¡Bendito del Señor sea el día en que padre, madre é hijos, se unieron bajo el mismo techo!

XXX

La enfermedad de mi padre, mental ó física, fué desapareciendo, y él mejorando lentamente. Muy pronto el médico le permitió salir de su cuarto y dar algunos paseos por delante de la casa.

La primera entrevista de mi padre y de mi hermano fué á solas y sin testigos, pero este último me manifestó que sir Laurencio le había dicho que se consideraba muy dichoso al encontrar un hijo menor tan digno de él y de su raza, y que deploraba en el alma el cruel error que durante tantos años lo había tenido separado, esperando que el porvenir sería una compensación de lo sufrido antes. Durante su convalecencia pidió sin cesar la compañía de Valentín y lejos de tener yo envidia, alegrábame con sinceridad de que tal sucediese. Mi hermano recobró muy pronto su natural jovialidad y alegría y esta disposición de ánimo fué la más apropiada para hacer deschar sus preocupaciones ó ideas fijas al convaleciente.

Había yo escrito á Claudina para comunicarle el feliz resultado de mis investigaciones. Como ya he dicho antes que no era esta narración una historia de amor, me abstendré de reproducir esa carta. Poco tiempo después, me presenté en Cheltenham y el solo recuerdo de las gafas del general me puso nervioso. Empecé por preguntar por la señorita Neville á la que no tuve que esperar mucho tiempo en aquel salón célebre, tan impregnado de aroma de sándalo. Después de grandes efusiones de ternura y de alegría la di muchos detalles de todo lo que había ocurrido desde nuestra última entrevista. De los ojos de Claudina se desprendieron dulces lágrimas al enterarse de su tía y de sir Laurencio, y de la instantánea ternura con que éste trataba á Valentín. El cambio que se había realizado en mi posición y en mi fortuna, no la produjo impresión alguna.

—En cuanto á mí—dijo—no sabré amar más á Laurencio Estmere de lo que amé á Felipe Norris.

La di gracias con un beso por tan amable cumplimiento.

Pleito curioso

Dentro de algunos días empezará á verse en el Juzgado de Tuy un pleito curioso.

Un individuo vecino de la Guardia propuso á un porquero de Tuy la compra de cinco cerdos pagándole cinco céntimos por cada una de las 40 uñas con que los cerdos pisan, la primera vez que éstos puserán las patas en el suelo, diez céntimos por la segunda, veinte por la tercera, y así sucesivamente hasta cuarenta veces.

El dueño de los cerdos, que es bastante listo, díjole que se contentaba con un céntimo en vez de los cinco, y con esta base se cerró el trato, que quedó formalizado en debida forma, y haciéndose entrega de cinco céntimos como señal.

Cuando el amo de los cerdos se presentó á exigir el cumplimiento de lo estipulado, el comprador se negó á ello, por lo que fué citado á juicio de conciliación.

En el no hubo avenencia, y entonces el asunto pasó al Juzgado de Tuy, donde ha seguido sustentándose.

El valor de los cerdos, según el extrafo contrato, asciende ahora nada menos que á la suma de diez mil novecientos noventa y cinco millones ciento veintinueve mil quinientos dieciocho pesetas y noventa y siete céntimos.

Riqueza amortizada

La Liga Agraria ha publicado un notable artículo con el título con que encabeza- mos estas líneas, artículo del cual reproducimos algunos párrafos.

Refiriéndose al importe de la cuenta corriente del Banco dice La Liga Agraria: «Hace un año, esa cifra ascendía á la suma de 340 millones. Ha aumentado, pues, este renglón en ese lapso de tiempo 480 millones, que suponen una masa improductiva que está llamando á voces un Mendi- zabal.»

Porque con esa masa de dinero, ¿no se podría cambiar el modo de ser del país? Ese dinero, en manos de la gente adinera- da, incapaz de pensar en nada más que en sus codicias, es un capital en manos muertas.

Porque si esos 810 millones tan colocados y calladitos, no son una vergüenza y no están perdiendo á voces un empleo público provechoso para la generalidad, ¿qué venga Dios y lo vea.

Nada, nada, que aquí hace falta y se impone la aparición de un Mendizabal cada quince años.

Si no, esto va á ser el puerto de arrebata- das.

El desarme europeo

Paris 24.—Un importante periódico de Viena, el *Volkszeitung*, hablando de la conferencia internacional del desarme, dice que se ha escogido mala ocasión para llevar al terreno de la práctica los filantropicos propósitos del Czar, mayormente, cuando la sinceridad de éstos es un tanto sospe- chosa, puesto que Rusia necesita de la paz para poner término á la construcción de sus caminos de hierro de Siberia y para restablecer el orden en la Hacienda del im- perio.

Añade que la iniciativa del desarme ha partido del monarca más autoritario del mundo y que la fiebre de los armamentos no cesará hasta que se produzca una reac- ción en los sentimientos populares.

Termina sosteniendo que el único y ver- dadero medio de llegar á la paz entre los pueblos, sería conseguir ante todo la paz social.—*Fabra.*

Desde la platea

Los caballos, SÁTIRA DIALOGADA EN UN ACTO Y EN PROSA POR D. EUGENIO SELLÉS, ESTRENADA EN EL TEATRO LARA

El numeroso público que acudió anoche á este afortunado teatro al estreno de esta obra de que tanto se ha hablado antes de estrenarse, acogió con grandes aplausos las galas de la forma y las bellezas de los conceptos con que el autor ha revestido su última producción; un sinnúmero de veces tuvo que presentarse el Sr. Sellés á recibir aplausos de los amantes de las letras y del selecto público que concurre á este teatro.

En *Los caballos* el enunciado del proble- ma viene á ser este: ni la anarquía ni el despotismo pueden constituir un estado de derecho humano y civilizado.

El autor muestra una casa sin amo ni gobierno y cada cual hace lo que le da la gana, faltando la disciplina doméstica y la autoridad en la familia; esto ocurre duran- te un período revolucionario.

Triunfa la reacción; llega el amo de la casa, que representa la fuerza bruta y que es el alcalde del pueblo, y quiere imponer- se al jefe de la guardia municipal; éste se dice á sí mismo: el jefe de la guardia soy yo, luego soy yo la autoridad, luego, será yo el alcalde.

La fuerza somos nosotros, dicen á su vez los cabos de guardia; Seremos los al- caldes.

¡Quién contestan los soldados. Nosotros somos la fuerza, el Ayuntamiento es para nosotros.

En esta cuestión los caballos que tam- bién son fuerzas se encabritan, cocean y todos se ven precisados á apearse por las orejas y con las cabezas rotas; así conclu- ye, dominando como se ve, la verdadera fuerza brutal.

Los actores representaron con acierto sus respectivos papeles.

Rosario Pino pocas veces ha estado tan feliz, con estarlo siempre mucho.

Nuestro sincero aplauso á autor y actor.

ECOS DE NAVIDAD

—Por qué bebes de un modo tan des- medido? —Dígale usted, joven, le dice cuando éste se despidió ya, quien es este Ricardo? —No recuerdo ningún amigo de este nombre. —¡Oh! no se apure usted por eso, ya ten- dré el gusto de presentárselo á usted á la primera ocasión.

ECOS DE NAVIDAD

—Por qué bebes de un modo tan des- medido? —Dígale usted, joven, le dice cuando éste se despidió ya, quien es este Ricardo? —No recuerdo ningún amigo de este nombre. —¡Oh! no se apure usted por eso, ya ten- dré el gusto de presentárselo á usted á la primera ocasión.

DIARIO DE UN CURULE

Sección I.—En la tarde del 17 de Di- ciembre de 1897 Valentín Pardo Mañan, hombre de compleción atlética y que habi- tualmente se embriagaba fue como de cos- tumbre á comer al bodegón de la calle del Nuncio núm. 23, donde se hallaba Manuel Casas Pérez, al que dirigió algunas frases violentas, desafiándole, por lo que ambos salieron á la calle donde Manuel dió una fuerte patada á Valentín en el vientre cayen- do este al suelo de donde al poco tiempo fué recogido por dos guardias de seguridad que le condujeron á la Casa de Socorro donde el facultativo de guardia no le apreció lesión ninguna.

El fiscal pedía 8 años de prisión mayor e indemnización de 2.000 pesetas.

En vista del informe, de los peritos mé- dicos los que dijeron que falleció á conse- cuencia de una pulmonía, el señor fiscal retiró la acusación.

Defendía al procesado el Sr. Díaz Valero.

El fiscal de la Audiencia Sr. Landeira, ha nombrado fiscales sustitutos á los seño- res D. Eugenio Montero Ríos, D. Vicente Carrasco y nuestro querido amigo y com- pañero D. José Castillejo.

Nuestra enhorabuena á todos.

Hojas sueltas

Sablazos de doble alcance.

Días pasados se presentó en casa de una de las personas que más gente conoce en Madrid, un joven con una carta de reco- mendación. Decía así: «Querido A. Hazme el favor de prestar al dador 200 reales. No tenga en este mo- mento dinero á mano, y por ningún con- cepto quiero defraudar las esperanzas del pobre joven, Tayo, Ricardo.»

A da un suspiro, abre el cajón de su mesa y entrega un billete de 50 pesetas.

—Dígale usted, joven, le dice cuando éste se despidió ya, quien es este Ricardo? —No recuerdo ningún amigo de este nombre. —¡Oh! no se apure usted por eso, ya ten- dré el gusto de presentárselo á usted á la primera ocasión.

Este, furioso, da un bofetón á su adver- sario, y le dice: «¡Tome usted nota de esto!» El músico responde con otra bofetada, y exclama: «¡Asiente usted esto en sus libros!»

Efemérides gloriosas

El rey D. Jaime de Aragón le- vanta el sitio de Almería

26 DE ENERO DE 1310

Puso el monarca aragonés sitio por mar y tierra á la ciudad de Almería, pertene- ciente al reino de Granada.

Fortificado y rodeó de fosos sus reales, dis- poniéndolos convenientemente así para la ofensiva como para la defensiva. Los mo- ros de la plaza hicieron frecuentes salidas, sin resultado práctico; igual fin tuvieron los esfuerzos del rey de Granada para acu- dir á socorrer á los sitiados. Las previsio- nes del soberano de Aragón, la competen- cia de sus capitanes, el valor de los sol- dados no permitían á los contrarios lograr provecho; contaba el aragonés, además, con la ayuda de D. Fernando de Mallorca, que al frente de alguna caballería del Ro- sellón y de sus Estados, había ido á unir- se á Almería.

En una de las intentonas realizadas en favor de los cercados por el rey granadino, vióse atacado el campo cristiano por 40.000 mulsimos; en un principio los infieles lle- varon la mejor parte; pero con tanto arro- jo se batieron los nuestros, que lograron el triunfo: el enemigo tuvo que retirarse con importantes pérdidas.

Habiendo ganado el rey de Castilla á Gibraltar, levantó el cerco que le tenía puesto á la plaza de Algeciras; y tamiendo D. Jaime que el de Granada, en disposi- ción ya de marchar con todas sus fuerzas en defensa de Almería lo hiciera así, con-

vinó con él el levantamiento del sitio, á condición de que pondría en libertad todos los cautivos cristianos que hubiera en sus dominios.

Acción de Prades

27 DE ENERO DE 1875

El 18 de Enero de 1875 cayó sobre Gra- nollers, con su partida y las de Galcerán, Avire y otros, el jefe carlista conocido por Tristany, siguiendo el acuerdo de desple- gar mucha actividad y de llevar á efecto atrevidas empresas, tomándose por prin- cipales de la Causa para aminorar el efecto que había producido la proclamación de D. Alfonso XII y su desembarco en Barce- lona. Desde Granollers, donde no pudo dominar por completo, se trasladó Tristany á la provincia de Tarragona, para facilitar la entrada en Cataluña á varias partidas del Centro.

Noticioso de ello el general Weyler, que se propuso estorbar los propósitos de Tris- tany obligándole á retirarse al interior de Cataluña, ordenó al coronel Picazo saliera al encuentro del carlista con el batallón «Fijo de Ceuta». El 27 de Enero y no lejos del pueblo de Prades, se encontraron li- brales y carlistas, trabando una horrorosa y desigual lucha que duró más de tres horas.

No obstante la superioridad numérica que los segundos tenían sobre los primeros, éstos rechazaron con gran energía varias cargas, tanto de infantes como de ginetes, terminando por emprender la retirada por el llano de Albarca ante la imposibilidad de prolongar el combate por más tiempo sin exponerse á sufrir un grave descalabro. Entonces, los carlistas se corrieron hacia Vilanova de Prades, para ganar el paso de Albarca y envolver á sus enemigos; mas la intervención de dos compañías de vo- luntarios de Cornudella, que pelaron cora- judamente frente á Albarca, y de otras dos que defendieron los desfiladeros de la Gri- fella impidieron á los del Pretendiente realizar sus planes, y el «Fijo de Ceuta» pudo retirarse ordenadamente.

El BACHILLER ALONSO DE ZAMORA

La cuestión Dreyfus

Paris 23.—Los periódicos publican de- talles de la fiesta celebrada por la Liga de patriotas de Auzenal.

De los diferentes discursos que se pro- nunciaron, el más notable fué el del dipu- tado Haussmann, quien después de hacer el proceso de los revisionistas, á los cuales atacó con mucha acritud, terminó con estas palabras: «No olvidéis jamás á la patria, no per- mitáis que sea insultada por esas turbas de cosmopolitas que deshonran á Francia y gritan conmigo: ¡Viva la patria! ¡Viva el ejército!»

Otros oradores hicieron después un llama- miento á la concordia y á la unión de todos los franceses para obtener el triunfo del derecho sobre la fuerza.

Algunos individuos de la liga antisemíti- ca que se hallaban presentes, gritaron: ¡aba- jo los judíos, pero habiendo protestado varios oradores, no se repitieron dichas demostraciones.

La información abierta por el magistrado Mr. Mazeau respecto al incidente Bard Piquart, promovido por las declaraciones del expresidente de Sala del Tribunal de Casación, Mr. Quénay de Beaurepaire, ha puesto en claro hechos de tan extraordina- ria gravedad, que se impone—según dicen—la inhibición de la Sala de lo criminal en

el conocimiento del proceso de revisión de la causa Dreyfus.

El excomandante Esterhazy, de haberse defendido enérgicamente contra la acusación de haber sido autor del famosí- simo *bordereau*, se negó á continuar decla- rando sin la asistencia de un abogado que le represente en los tribunales.

En vista de ello, se ha suspendido la de- claración de Esterhazy hasta que la Sala provea acerca de la referida petición.

Ante el magistrado Mr. Mazeau se ha presentado un recurso de queja suscripto por uno de los testigos de mayor importan- cia en el proceso de revisión, á quien el presidente de la Sala de lo criminal, mis- ter Loew, no quiso admitir las declaracio- nes que ofrecía prestar respecto á determi- nados puntos de la causa.

La repatriación

Según informes facilitados en el minis- terio de la Guerra, quedan á la fecha en Cuba 20.600 hombres, los cuales irán em- barcando poco á poco en el puerto de Cien- fuegos.

No ha terminado, pues, por completo la evacuación de Cuba, ni terminará lo más pronto hasta los últimos días de la primera decena de Febrero próximo.

El «Covadonga»

Coruña 25 (3.7 t.).—Ha fundado el *Covadonga*, que conduce 2.176 repatriados, de los que 845 quedarán en esta población.

Pertenecen á los batallones de Zamora y Sa- boyá, escuadrones de húsares de la Princesa, dragones de Lusitania y guerrilleros movili- zados.

Vienen también seis sargentos y 68 cabos y soldados de infantería de Marina.

En la travesía fallecieron Justo Instaci y Salustiano Díaz y Fernández.

Logran 11 enfermos.

Regresan en este buque el general D. José Marina, los comandantes D. José Agulla, Lleo, Villarino y Vázquez (D. Alejandro), el tenien- te coronel Díaz Vicario, el alférez de fragata D. Juan Hermida y el coronel Sr. Serrano Martínez.

Reina movimiento extraordinario en los muelles, invadidos por inmenso gentío que acude á recibir al batallón de Zamora.

Innumerables botes rodean en estos mo- mentos al trasatlántico.

Este seguirá su viaje para Santander, con- duciendo 12 capitanes, 37 tenientes, un mé- dico, dos veterinarios, 54 sargentos y 1.142 ca- bcos y soldados.—*Fabra.*

El «Satrústegui»

Barcelona 25.—Ha llegado el *Satrústegui*, procedente de Matanzas.

Conduce á los batallones de Albuera y Gui- púzcoa y bastantes pasajeros.

Vienen 25 enfermos.

Durante la travesía fallecieron nueve indi- viduos.

Al salir el *Satrústegui* quedaban en Matanzas 9.000 soldados, en Cienfuegos 31.000 y en la Habana 3.400 más de 1000 maestros de escuela.

A bordo del *Satrústegui* han sido detenidos seis rateros.

EL CRIMEN DE HOY

En el principal del número 37 de la ca- lle Mayor se hallaba de huésped D. Julio Herrero Sancho, de 51 años, abogado, sien- do la patrona doña Teresa Tomás, quien tenía en su compañía á su nieto Eugenio Tomás y una sirvienta llamada María.

El Sr. Herrero y doña Teresa son las víctimas del crimen.

A las cuatro de la madrugada la portera

—Ahora,—añadió,—por más que seamos primos her- manos, las conveniencias exigen que nos entendamos con mi tutor y con mi tía Celina. No tenéis nada que temer del general, al que le he dicho que he roto mis relaciones con Felipe Norris y que ahora deseo casarme con el her- mano de Valentín, y esa noticia le puso muy contento.

El general, que me había recibido la primera vez en su penumbra de su salón, me dispensó esta vez una cor- dial acogida y hasta me convidó á comer. La comida fué de las más agradables, por más que tuve que renunciar á algunos manjares condimentados á la india al que mi paladar no estaba acostumbrado. Con semejante régimen hubiera tardado muy poco en resentirme del hígado y volverme atrabiliario como el general Gore. Este me dijo, que en otros tiempos había conocido á mi padre, y sobremesa nos quedamos los dos charlando en el comedor y el buen señor aprovechó la ocasión para exponerme sus teorías sobre el matrimonio. Comparaba la mujer á un regimiento, al que hay que guiar con mano suave á la vez que firme, y al que hay que guiar pero no seguir.

Añadió que convenía hacer algo la vista gorda sobre pe- queñas infracciones de la ordenanza y mostrarse en cam- bio inflexible en la cuestión de principios.

—He de manifestaros,—añadió,—porque me gusta ju- gar á cartas vistas, que Claudina rompió últimamente un compromiso matrimonial al que yo me había opuesto de la manera más formal. Se trataba de un verdadero bohe- mio que decía apellidarse Norris, ¿oísteis alguna vez ha- blar de ese apellido en el Devonshire?

Permanecí ocho días en Cheltenham y durante ese tiempo me consideré más feliz que un rey.

En cuanto el estado de su salud se lo permitió, em- prendió mi padre un largo viaje al continente, acompaña- ndole mi madre. A pesar de tener esta todo el cabello blanco, estaba tan hermosa como una recién casada que va á emprender el viaje de boda. Cuando se lo dije en- ceció y bajó los ojos. Quedó convenido que después de celebrado mi casamiento viviría en Estmere Court con mis padres.

he visto. Vamos y puesto que según dicen lo que la mu- jer quiere lo quiere Dios, marcharemos mañana.

—No; mañana, no, hoy mismo.

—Me asustáis, Felipe, ¿es cierto que está buena y que no la ocurre ninguna novedad?

—Es cierto.

—¿Está en Londres?

—No, no e tá en Londres ¿no adivináis en donde está?

—En Estmere Court?

—No, en Donnyeshouse.

—¿Ha muerto sir Laurencio?

—No, vuestros p- dres se reconciliaron y están reuni- dos bajo el mismo techo.

—¿Como es posible que mi madre haya obrado de ese modo y perdonado á quien tanto la ofendió?

—No sé lo que entre ellos haya podido pasar; lo único que hay es que la inocencia de lady Estmere es un he- cho probado.

—¡Jamás necesité pruebas la inocencia de mi madre! Contadme lo que sepáis.

Hicéle un relato detallado de lo hasta entonces ocurrido añadiendo que sir Estmere pedía que fusese.

—Obedeceré á mi madre pero no accederé á los deseos de sir Laurencio.

—¡Ah! ¡No vayáis querido Valentín al encuentro de las decisiones de la Providencia que nos tiene aún reser- vado tiempo, tendréis tanto cariño á vuestro padre como yo al mío. Además tenéis un hermano, amigo mío.

—Perdonó á mi padre porque como hijo tengo el deber de hacerlo. En cuanto á mi hermano ya es otra cosa; á ese no pienso perdonarle en mi vida.

—Y sin embargo ya está hecho.

—¿Cuándo?

—El día en que os acompañé á Torry, ¿visteis á vues- tro padre y hermano.

—¡Cielo y tierra! ¡Será eso posible!

No solo somos amigos, Valentín, sino hermanos.

—¿Qué queréis decir? ¿No sois Felipe Norris?

mos por última vez. Al saber que yo regresaba de Móna- co, me dijo con acento de pesar: «Felipe, ¿no me habéis dicho que estáis en casa?»

—Dicho se está que entonces habréis jugado.

—Si por cierto, solo que en esta ocasión gané veinte mil francos.

—No puedo decir sino que tanto peor. Esa pasión por el juego es indigna de un hombre como vos, Felipe. Confío que al menos no habréis estado en compañía de Chesham.

—No; fui en la de lord Rothwell.

—¡Nuestro amigo! ¿Y que demonios fué á hacer á aque- lla galera?

—Tal vez á satisfacer un antojo, un capricho. Vimos á Chesham en una mesa de juego.

—¿Y que cara ponía?

—La más lastimosa del mundo. A las cuarenta y ocho horas le encontraron muerto en la playa.

—¡Muerto! ¡Y antes de retractarse de sus infames ca- lumnias! ¿como es posible que hayáis permitido que ese canalla se llamase amigo vuestro?

—Por lo que á mi hace, jamás le llamé así; si frecuen- té su trato fué con intenciones que vos debisteis adivinar. Hoy vengo á deciros lo que sé y á pedirlos que me devolváis nuestra amistad.

—Jamás dejé de profesarosla, Felipe. Procuré lo con- fieso, poner una sordina en mi corazón; pero la amistad no se manda ni gobierna.

—¿Tenéis para mí, Valentín, cariño de hermano?

—¿Y como puedo saberlo puesto que hasta ahora me habéis negado al saber lo que es ese sentimiento?

Al llegar al salón de fumar sentóse Valentín en un si- llón y yo me quedé en pie á su lado.

—Adivino desde ahora lo que tenéis por decirme; que ya la fecha de vuestro casamiento, que como consiente, fijasteis ya la fecha de vuestro casamiento.

—Nada de eso, vengo de casa de vuestra madre.

—¿Está enferma? ¡Hablad!

—No, al contrario, muy buena y me encargó que fue- seis á su lado inmediatamente conmigo.

—¡Pobre madre! Parece que hace un siglo que no la

